CIRCULAR

SOBRE LA COFRADÍA DEL DINERO DE SAN PEDRO.

ACE ya más de treinta años que nuestro venerado predecesor, el Ilmo. y Rmo. señor Valdivieso, mandó erigir canónicamente en la arquidiócesis la Cofradía llamada del Dinero de San Pedro, aprobada en Roma por Su Santidad Pío IX, el 31 de octubre de 1860 por el Breve Cum, sicut accepimus.

Esta Cofradía se propone dos importantísimos fines: consagrarse á la oración en favor del Romano Pontífice y acudir en su auxilio con erogaciones voluntarias: todo bajo el patrocinio de San Pedro.

Merced al ardiente celo que distinguía al ilustre fundador, la nueva sociedad pronto se extendió entre nosotros, cooperando eficazmente beneméritos sacerdotes y distinguidos católicos animados de amor y veneración á la cátedra apostólica. Así fué posible enviar periódicamente al Papa las oblaciones de sus amantes hijos, que deseaban auxiliarle en las difíciles circunstancias en que se encontraba.

Desgraciadamente, causas por todos conocidas han disminuído el entusiasmo de los primeros días y debilitado aquella benéfica obra de fe y de amor. Hoy venimos á llamar de nuevo en su favor la atención de los sacerdotes y de los fieles y en especial de nuestros amados cooperadores en el

sagrado ministerio, seguros de ser eficazmente correspondidos. Se trata del decoro y de la suerte de nuestro Padre amado, y todos los hijos de la gran familia católica han de sentirse conmovidos por su suerte y deseosos de acudir á su socorro.

Á la verdad, pocas veces en la historia de la Iglesia ha sido tan necesario como al presente acudir con auxilios espirituales y temporales en favor del soberano Pontífice. Amenazado su poder espiritual en su independencia, limitado en su acción por las pasiones revolucionarias, despojado de los recursos indispensables para la administración eclesiástica del universo, privado del concurso eficaz que le prestaban las órdenes religiosas, subordinado por la fuerza material en el gobierno de la Iglesia á hombres sectarios y enemigos de la religión, su situación se hace cada día más difícil y aparece más evidente el deber de los católicos de atender según sus fuerzas al sostenimiento y á la libertad del Vicario de Jesucristo en la tierra.

T

Lo primero que debemos hacer en su obsequio es orar incesantemente por él. La oración es el arma más poderosa y más eficaz que tenemos á nuestra disposición. Es la fuerza misteriosa con que la Iglesia ha triunfado en todos los siglos, la fuerza que opone á las iras de los tiranos en el mundo moral como á las furias de la tempestad en el mundo físico. Á los mugidos del océano que brama, oponemos la fuerza de la oración, que hace brillar pronto el iris de la bonanza en puro cielo. Las tempestades se apaciguan á la voz de la oración, como que ella es el eco de la voz de Dios, un reflejo de su magnificencia, un mandato de su voluntad omnipotente.

Por eso está la Iglesia en la tierra para orar, es decir, para glorificar á Dios, y el culto sagrado en todas sus Casanova, Odras pastorales.

fases no es más que la oración, en sus diferentes formas. Por eso la Iglesia nunca interrumpe sus plegarias, y las eleva al cielo más fervientes cuando la tribulación la visita. Entonces es en verdad omnipotente: Cum infirmor, tunc potens sum 1.

En las actuales circunstancias del Supremo Pontifice es menester inspirarse en el ejemplo de la primitiva Iglesia, que oraba sin cesar cuando Pedro estaba prisionero: «Y mientras Pedro era así guardado en la cárcel, dicen las Actas de los Apóstoles², la Iglesia hacía sin cesar oración á Dios por él.» «Y he aquí que sobrevino el ángel del Señor, y resplandeció lumbre en aquel lugar, y cayeron las cadenas de sus manos.» 3 El Apóstol no dudó por un momento de que el cielo lo protegía, y, al verse así libre de las cadenas, exclamó: «Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha libertado de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos.» Y, convencido de que debía su salvación á las plegarias de los fieles, «fué al punto á darles parte, dirigiéndose á la casa de María, la madre de Juan, donde estaban muchos congregados y orando 4.

Si se nos ha prometido que cuanto pidiéremos en nombre de Jesucristo nos será concedido, ¿cómo podemos dudar de ser oídos cuando no pedimos para nosotros sino para la felicidad del Vicario de Jesucristo en la tierra? 5 m la ma bisperiment el en abindosel is omos listo

Esta plegaria por la suerte del Romano Pontífice jamás cesa y se repite en cada momento en las reuniones de los fieles durante el santo sacrificio de la Misa. Cada instante llegan á la presencia del Dios Altísimo aquellas tiernas plegarias en favor de la Santa Iglesia Católica para que goce de paz y sea divino ese gobierno juntamente con su Supremo Jefe y toda la grey.

Además, hay una misa especial para la elección del Romano Pontífice y una colecta para pedir frecuentemente que Dios le mire con piedad, para que le sostenga con protección asidua, y consiga llegar á la vida eterna junto con el rebaño que le ha sido confiado1.

Y, como si todo esto no fuera bastante, en las letanías de los Santos se pide á Dios, que conserve al Papa, le dé salud y vida, le haga feliz en la tierra y no permita caiga en poder de sus enemigos².

Ningún trono del universo ha sido ocupado por hombres más sabios y santos como la cátedra de Pedro. Contra ninguna autoridad el error y las pasiones se han alzado más airadas. Todas las herejías, todos los cismas, todas las tempestades van á estrellarse contra esa roca inconmovible. Las tempestades pasan y la nave misteriosa sigue tranquila su marcha, sostenida por la fuerza divina que le ha alcanzado la oración. A la oración se debe sin duda el que la Iglesia tenga en cada siglo el Pontífice que sus necesidades exigen y que aun en nuestro tiempo brillen sobre el solio pontificio los Píos y los Leones.

La oración es la fuerza sobrenatural que sostiene á la Iglesia y el elemento que la vivifica, cual el aire á los seres vivientes, el agua á los peces ó el sol á las plantas.

El Angel de la escuela nos enseña que la oración es el acto soberano en que el hombre alcanza el complemento divino de su vida con las condiciones de orden, de belleza, de grandeza y de gloria, que constituyen su fin y su destino inmortal. «Ella hace cesar, dice el Crisóstomo, todas las calamidades, siendo poderosa para desarmar la cólera del cielo y para desviar los más perversos designios de los

¹ 2 Cor. 12, 10. ² Act. 12, 5. ³ Ibid. v. 7. ⁴ Ibid. v. 11.

⁵ Jo. 15, 16.

¹ Misal Romano. ² Breviario Romano.

hombres. Si las sociedades se sienten conmovidas hasta en sus cimientos, si el orden moral se ve expuesto á ruina completa, la oración ha restablecido el orden y vuelto la paz»: urbes concussas firmavit et omnia mala sustulit oratio 1.

II.

Á la oración, la Cofradía del Dinero de San Pedro junta la acción, acudiendo al auxilio del Papa con piadosas y generosas oblaciones.

Al despojar la revolución á la Santa Sede del poder temporal, le ha creado una situación en extremo difícil y humanamente insostenible. El Papa, que será siempre para el mundo cristiano un soberano independiente, aun cuando el recinto del Vaticano fige los límites del imperio que se le ha dejado, debe mantener su modesta corte, sus representantes ante los gobiernos, el personal que guarda su sagrada persona, y el gran número de empleados y dignatarios que exige el cuidado de la Iglesia, asegurando así la independencia del ministerio apostólico. La administración de la Iglesia universal con sus numerosas congregaciones, que son como otros tantos ministerios que tratan de los negocios espirituales del mundo católico, contaba en los pasados tiempos para su sostén con rentas propias y fijas, que ahora han sido minoradas ó suprimidas. Mas, como el Papado ha sido creado para todos, para todos trabaja y por todos sufre. Es, pues, un deber de justicia el contribuir al sostenimiento y á la independencia de ese gran poder central, de donde se derivan tantos bienes. No es una limosna la que se nos pide, sino el pago de una deuda sagrada. Nada más justo que el que los hijos sostengan el decoro de su padre, y en este sentido la obra del Dinero de San Pedro es tan antigua como la Iglesia.

Hablando San Pablo de los socorros enviados por los primitivos cristianos de Macedonia y de Acaya á la Iglesia de Jerusalén, de donde habían recibido el evangelio, dice que estos fieles cumplían así con una deuda sagrada, pues estaban obligados á ayudar con bienes temporales á aquellos de quienes habían recibido los bienes celestiales: «porque así, dice, lo tuvieron por bien y también les son deudores. Porque, si han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben también ellos asistirles en los temporales»: Placuit enim eis, et debitores sunt eorum².

En conformidad á esta doctrina, lo que nosotros debemos al Pastor universal no es un impuesto, como acostumbran exigir los soberanos temporales, no es una contribución arrancada con amenazas, no: es sólo una ofrenda libre, pero una ofrenda sugerida por la lev interior de la conciencia y del deber y al mismo tiempo por amor al Padre común y por el interés general de la sociedad cristiana.

Esta obra es de las más necesarias. Todas las demás obras eclesiásticas reciben el impulso y la vida de la Santa Iglesia Romana, que es el corazón del mundo católico. Si este centro llegara á debilitarse, si se manifestara en él algún sufrimiento, todas las demás instituciones sufrirían al mismo tiempo y concluirían por debilitarse y desaparecer, como plantas privadas de la fuerza misteriosa que les da la vida.

Por otra parte, el Papa no debe depender de ningún gobierno, de ningún partido, ni de ningún pueblo particular. En la conveniencia de todos está el que sea verdaderamente

Así leemos en las Actas de los Apóstoles que los fieles deponían á los pies del primer Papa sus bienes, como lo comprueba la historia de Ananías, y Safira 1.

¹ Hom. V.

¹ Act. cap. 4 y 5. ² Rom. 15, 27.

libre, sin extraña coacción en el gobierno de la Iglesia; y el recurso que le proporciona el Dinero de San Pedro es por esa naturaleza el más á propósito para consultar su dignidad é independencia.

Por todo esto, al enviar nuestra oblación al Papa, hemos de sentirnos animados de los delicados deseos de San Pablo cuando ofrecía sus servicios á los santos de Jerusalén, creyéndose él más feliz en dar que los favorecidos por sus dones en recibir 1.

Es lo que queremos recomendar hoy á nuestros amados diocesanos en cumplimiento de un sagrado deber, y esperamos que los párrocos y en general todos los eclesiásticos del clero secular y regular contribuyan á estos propósitos. Desearíamos al mismo tiempo que nuestras ofrendas fueran hechas de modo que no lleguen á ser pesada carga á los fieles. Que cada uno vea con alegría, como dice San Pablo, lo que pueda erogar sin dañar á otras buenas obras ó á otros intereses. Es la multiplicidad de las pequeñas ofrendas lo que producirá la más rica abundancia, como forman las pequeñas gotas de agua los más caudalosos ríos.

Y á fin de conseguir lo que dejamos indicado, dispo-

1º Que la Junta directiva de la Cofradía del Dinero de San Pedro se empeñe por poner en práctica lo dispuesto en los Estatutos dictados el 24 de junio de 1867, y en especial lo dispuesto para su ejecución².

2º Todos los años en el día 29 de junio, festividad de los SS. Apóstoles San Pedro y San Pablo, se hará en las iglesias una colecta general para el Papa, cuidando los Rectores de anunciarla el domingo anterior.

3º Todos los domingos y días festivos, en la distribución de la tarde, se harán algunas preces por el Padre Santo.

4°. Se darán á conocer á los fieles las indulgencias concedidas á los miembros de la Cofradía, las que pueden verse en los Estatutos respectivos.

Dado en Santiago, á tres de octubre de mil ochocientos noventa y siete.

MARIANO, Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma, y Rma.

M. ANTONIO ROMÁN, Secretario.

¹ Rom. 15, 31.

² Boletín Eclesiástico IV, 55 y sgs.